

randajas no son —viene a decirnos Goodman— más que eficaces lubricantes con los que el poder engrasa las piezas de la máquina social tan pronto como empiezan a chirriar. Vistos desde la perspectiva que interesa al "establishment", el chabolismo, el analfabetismo o la pobreza no son vicios estructurales, sino simples aberraciones, enfermedades o accidentes que afectan de cuando en cuando a un cuerpo esencialmente sano. Así, en 1966, el entonces vicepresidente Humphrey, demócrata, decía, refiriéndose a la variante norteamericana del chabolismo: "Es un virus que recorre como una peste nuestras ciudades, engendra el desorden, la desilusión y el odio. En definitiva, tenemos que declarar la guerra a este mal, como hicimos con la agresión comunista" (2).

Esa lucha contra el enemigo de dentro proporcionará, por lo demás, a la empresa privada, estrecha colaboradora de las agencias estatales que lanzan ese tipo de programas contra la pobreza, pingües ganancias. El sistema se autoalimenta. ¿Qué puede hacer contra todo ello el "intercesor urbano"? Todo lo más conseguirá el aplazamiento en la construcción de una carretera o ciertas modificaciones en un plan que perjudica directamente a una comunidad sin recursos y sin posibilidad de acceso a los grupos de presión. Solución reformista, simple parche o, mejor aún, vacuna que tiene para el sistema la virtud de garantizarle más larga vida.

Frente a ese "impasse", ¿qué otras alternativas nos ofrece el autor? Ante todo, nos dice Goodman, es preciso acabar con la mitificación del experto como el único que sabe y es capaz por

tanto de decidir y proponer soluciones. Hay que elevar el nivel de concienciación —hoy por hoy muy bajo— del ciudadano medio, facilitarle la toma de decisiones propias, basadas siempre en su experiencia individual. Mas, en cualquier caso, si es que su acción ha de resultar eficaz, el ciudadano tendrá que aprender a organizarse al nivel de la comunidad en la que vive, luchar conjuntamente con sus vecinos.

Dentro del sistema ideal propugnado por Goodman —y que él mismo califica de "socialismo comunitario"—, la gente deberá adquirir ante todo la capacidad de autogobernarse, de decidir por sí misma. Mientras tanto, lo único positivo es, para Goodman, la acción directa (arquitectura guerrillera, ocupación de viviendas y de aparcamientos —estos últimos para su reconversión en zonas verdes—, etcétera), que tiene por lo menos la ventaja de colocar a las autoridades frente al hecho consumado, lo que las obliga a tomar decisiones inmediatas, al tiempo que hace ver al resto de la gente que existen muchos más problemas que los que el sistema presenta como tales, y que su solución es además inaplazable.

Podemos estar o no de acuerdo con el esbozo de alternativa que propone Goodman —podemos considerarla utópica o en todo caso insuficiente—; queda, sin embargo, el valor —innegable— de su testimonio autocrítico y la lucidez de su denuncia de un estado de cosas que muchos se habían acostumbrado a ver como permanente. ■ JOAQUIN RABAGO.

## Javier Villán, poeta

El oficio cultural más heroico es, sin duda, el de hacer versos. Especialmente en España. Ahora ni siquiera se guardan las formas que antaño permitieron, por ejemplo, que un grupo poético como el del 27 empezara a publicar en seguida e impusiera, a un público receptivo, los nombres de sus principales representantes en un lapso de tiempo relativamente corto. Que no se diga que se explica por la excepcional calidad de aquellos poetas. En España, por lo menos en lengua gallega, catalana y castellana, hemos tenido en estos últimos cuarenta años media docena de poetas comparables con los grandes del 27. La razón es más profunda: hace cincuenta años



Javier Villán.

en este país la literatura contaba con unos cuantos editores atentos y sensibles, con una crítica preparada e informada. ¿Se puede decir ahora lo mismo, salvo las honrífimas excepciones conocidas?

Así pues, escribir poesía es tarea poco menos que inútil, y publicarla, condenarse a una clandestinidad que ni siquiera tiene la emoción y la grandeza de la clandestinidad política. Sin embargo, hay gente joven que sigue escribiendo y tratando de publicar sus versos. Allá ellos.

Uno de éstos se llama Javier Villán. Que yo sepa es palentino y debe de ser muy joven. Trabaja como periodista y ha publicado dos libros: "La frente contra el muro" (La Encina Editorial, Cáceres, 1975) y "Parábolas palestinas" (Taller de Poesía Vox, Madrid, 1977). El primer libro es nada menos que un buen "primer libro". Acaso con influencias demasiado evidentes y con un esfuerzo muy patente por dominar una expresión que todavía se muestra remisa a dejarse controlar. Hay en él, sin embargo, unos cuantos estupendos poemas. Yo elegiría, por ejemplo, la sección "Amor, Madrid, Tristeza".

"Parábolas palestinas" es otra cosa. Sencillamente es un libro maduro. Un libro redondo, hermosamente maduro. Posiblemente uno de los mejores libros de poesía publicados en este país en la última década. En "Parábolas palestinas", toda la suave retórica que recorre las composiciones de "La frente contra el muro" se ha diluido. Queda un verso sólido y preciso, una capacidad de expresión magistral. Las influencias ya se han absor-

bido y forman parte como carne, huesos y sangre de la palabra poética. No hay vacilaciones ni inexperiencias. En el curso de estos años, Javier Villán se ha convertido en un poeta con una voz clara y diferenciada, de verdadera personalidad.

Apoyándose en citas de unos cuantos poetas palestinos —Darwich, Yubrán, Tuqan, etc.— Villán ha construido un libro de versos lleno de hondura, de pasión, de melancolía. Sin gestos vacíos, sin afanes de discurso o de prédica, ha escrito algo tan raro hoy en nuestro país como es un libro "comprometido". Aunque el término no sea el apropiado, creo que en este caso podemos utilizarlo. Sobre todo si lo aplicamos también a una tradición de la posguerra española que tiene unos cuantos nombres los cuales no se puede escribir la historia literaria de estos años. Como Otero, Hierro, Nora, Celaya. O como Angel González, Valente y Jaime Gil de Biedma. Toda una tradición. Importante de verdad. Como que en ella se cuenta lo mejor y más creador de la poesía castellana de estos años feroces y desesperados.

Villán va por ahí también. Un cierto estoicismo, pero un estoicismo doblado de rebelión impregnada cada verso de este libro. Desde la hermosa dedicatoria hasta ese espléndido "Canto final", la voz de Villán suena firme y pura. Se han empleado tantas veces conceptos como sinceridad o autenticidad para definir a un poeta que quizá valdría más eludirlos. En el caso de Villán hay que hacer una excepción. Los poetas de verdad no fingen, no se ponen importantes. No necesitan impostar la voz para que se les crea. De ahí que sean auténticos, verdaderos, y no simuladores.

Javier Villán desde luego no va por ahí. Tiene la virtud de fundir en su expresión el don de lo elegíaco y el don de lo épico. Su poesía es una síntesis feliz de un lirismo de fuertes tintes emocionales y un poder de imprecación restallante. Así, sin estridencias, ha conseguido un bellissimo libro de poemas. Uno de esos libros que le hacen pensar a uno que, a fin de cuentas, pese a la aburrida y cinica fiesta literaria de este país, pese a los mercachifles y a los especuladores, escribir poesía sigue siendo una fascinante tarea. Aunque para ello haya que condenarse a ese opaco silencio que sigue dominando toda nuestra vida cultural. ■ JAVIER ALFAYA.

